

hombre de poder, sus sentimientos religiosos, todo estaba al mismo tiempo satisfecho: todo se enlazaba, se apoyaba y convergía. Los principales artistas hermo- seaban los objetos de su devoción, quizá le daban nuevo pábulo. La casa que según su expresión construía para Dios, sin duda le hacía á sus ojos mas grande y mas poderoso.

Era un espectáculo singular que mientras en Francia, en Alemania, en los Países-Bajos y en Escocia, se despojaban, se dilapidaban y hasta se destruían completamente tantos templos, se contruyese uno tan grande y tan magnífico en España. Sin duda ocurrió á Felipe II muchas veces esta idea, y tal vez la de reparador en esta época de destrucción, redoblabá su entusiasmo. La fama de la construcción del Escorial era muy grande en Europa en aquel tiempo, bajo el aspecto religioso. Bajo el meramente artístico era un certámen á donde eran llamados los primeros genios de aquel tiempo. A todos los buscó y acogió Felipe dignamente, los de casa como los de afuera. Las mas sencillas construcciones eran obras maestras, donde lucía la corrección del dibujo, la elegancia de las formas. Los meros estantes de libros, los cajones de la sacristía, la cosa mas sencilla llama la atención. ¿Y cuántos artistas no fueron necesarios para llenar y enriquecer aquella vasta mole de sus producciones? Así el Escorial era hace poco uno de los primeros museos de la Europa. Algo ha desmerecido en estos últimos años sobre todo en pintura, cuyos cuadros mas preciosos han sido llevados á otra parte; mas prescindiendo de esta falta, es un grande y magnífico objeto de estudio para cualquiera que esté dotado de imaginación y buen gusto.

Cualquiera que pudiese ser la satisfacción del rey de España en la construcción del Escorial, debía de hallarse bien neutralizada con cuidados, inquietudes y disgustos. Precisamente por aquellos mismos años estallaban las guerras civiles en Francia, se conmovía de nuevo

Escocia, se traslucía en abiertos tumultos el disgusto de los Países-Bajos, estaba el mismo rey empeñado en guerras con los moros de la costa de Africa, se preparaba la tempestad que iba á descargar su furia sobre Malta, y se presentaban anuncios de la rebelión de los moriscos de Granada. Con todos estos negocios, con todas estas regiones estaba mas ó menos enlazado el interés del rey de España. Es preciso recorrerlas todas para no dejar sin mención nada de lo que pertenece á su reinado.

CAPITULO XXV.

Estado de Francia.-Triunvirato.-Liga Hugonota.-Situación de los dos partidos.-Desórdenes en París.-En las provincias.-Sublevación de algunas.-Se toman las armas.-Estado de los ejércitos.-Estalla la guerra.-Sitio de Ruan.-Muerte del rey de Navarra.-Sitio de Orleans.-Asesinato del duque de Guisa.-Batalla de Dreux.-Treguas.-Renovación de hostilidades.-Batalla de san Dionisio y muerte del condestable de Montmoreney. (1561-1568).-Otra tregua.

No produjo, no podía producir el coloquio de Passy, fusión ni aproximación entre las doctrinas de los católicos y los hugonotes. Era bajo este aspecto una tentativa tan inútil como la celebración del Concilio en que se habían fundado tantas esperanzas. Tampoco había introducido un espíritu de paz entre ambos partidos, el decreto de tolerancia que á favor de los hugonotes acababa de expedirse. A las sospechas de mala fé que cada uno abrigaba contra su contrario, se reunía la intolerancia que es tan comun en sectas tan rivales y contrarias, y á todo esto, el deseo del poder, la ambición de la supremacía que por todos no se puede ejercer al mismo tiempo. En una época de minoría están mas abiertas las puertas á la ambición, á los excesos, que en tiempos ordinarios. La reina Catalina de Médicis tenía mas astucia en su carácter y energía; los Guisas no poseían la

misma influencia que otras veces, y aunque la ejerciesen, las cosas habian llegado á punto en que el rigor no era eficaz, ni la indulgencia remedio suficiente. Cada vez se manifestaba con signos mas visibles el odio y la intolerancia que animaban á los católicos y á los hugonotes. En la masa del pueblo de París, predominaban los primeros. En algunas provincias, sobre todo del medio dia, contaban mas votos los segundos. Eran muy comunes los denuestos y las amenazas con que unos y otros se trataban mutuamente: tampoco eran raras las veces que venian á las manos y se exhalaba en violencias su celo religioso. Aquí eran los calvinistas interrumpidos en sus sermones, en sus cenas, en sus cánticos; allí se entraba á mano armada en las iglesias, donde se destruian todos los objetos del culto y se quebraban las imágenes. Fue profanada entre otras la de San Medardo de París, donde dentro de sus mismos muros se trabó una pelea que duró mas de media hora, con mucha efusion de sangre por entrambas partes. En una congregacion de calvinistas en Versy, en Champaña, entraron á mano armada los católicos y sin respetar edad ni sexo, perecieron mas de sesenta personas por este acto de violencia. La mayor parte de estas violencias procedian de amenazas, de denuestos, de provocaciones por alguna de ambas partes. Las corporaciones meramente civiles como tribunales y municipalidades participaban de la misma animosidad y la dejaban exhalarse en los actos mas comunes. Las provocaciones se reproducian por medio de la imprenta. Estaba inundado de folletos, la mayor parte de orden satirico, y las canciones populares en que sobresalen tanto los franceses no daban poco pábulo al ardor de la polémica.

En semejante estado de cosas, todos vieron lo inevitable de una guerra abierta. Solo á las armas tocaba decidir y saltar sobre esta gran contienda. Cada uno preparó las suyas y alistó sus fuerzas. Ya hemos dicho que los Guisas penetrados de lo grande del negocio, prepara-

ban medidas de accion y de vigor, y que el condestable de Montmorency, renunciando á todas sus relaciones con los calvinistas, se habia reunido francamente á su partido. Los Guisas, el condestable de Montmorency, y el mariscal de San Andrés, formaron lo que se conoció despues con el nombre de Triunvirato. Formaron el proyecto de acabar el calvinismo en Francia por medio de las armas, unirse despues con los príncipes católicos de Alemania, para hacer lo mismo con los protestantes del Imperio. Ya entraban en sus cálculos las sumas cuantiosas de que podrian disponer con la confiscacion de los bienes de los señores Calvinistas, y por este medio auxiliar mas eficazmente á los católicos de Alemania. El plan era grande y sério, formado bajo los auspicios y proteccion del rey, quien por el órgano de su embajador ofrecia cooperar á él por todos medios.

Por los amañios de este embajador, recibió el Triunvirato un refuerzo en la persona de Antonio de Borbon Vendome, y que se titulaba rey de Navarra por su matrimonio con Juana de Albret, representante de los derechos de sus antiguos reyes. Pertenecia este príncipe al partido calvinista; mas cambió por inconstancia de carácter, ó mas bien por promesas que se le habian hecho por el rey de España. Era el grande objeto de su ambicion poseer el cetro que habian empuñado los ascendientes de su esposa, para lo cual no omitia paso alguno que en su opinion podia serle conducente. Si no se le dió palabra de ceder la Navarra en su favor, se le hizo ver que se le indemnizaria con la isla de Cerdeña erigiéndola en reino en favor suyo. Mas lo que hubo de singular en este cambio de Antonio de Borbon, es que mientras se pasaba del bando hugonote al católico, se trasladaba su mujer de estas últimas filas á las otras.

París era el centro, el foco, el gran campo del catolicismo. La masa del pueblo aborrecia de muerte á los hugonotes, y en todas partes eran estos objeto de opresion y de violencia. Y eran tan enérgicos estos senti-

mientos, que los que se hallaban al frente de los negocios públicos, hallaron en ellos cuantos instrumentos se necesitaban para llevar adelante sus designios. Se trató de armar á los vecinos mas en estado de servir, y todos los llamados acudieron á la bandera con ardor y se equiparon á su costa. Temiéndose un efecto demasiado violento de la efervescencia popular, se mandó que todos los calvinistas reconocidos por tales saliesen en veinte y cuatro horas de París, bajo pena de muerte. A los meramente sospechados de heregía se les previno que se presentasen ante los delegados del arzobispo de París, y que allí abjurasen sus errores. El parlamento y la municipalidad estaban movidos de los mismos sentimientos. Por todas partes se extendian fórmulas de profesion de fé católica, y se removía de los cargos públicos á los sospechados de otros sentimientos. Se hallaba París tan lleno de entusiasmo, que se puede decir que era el pueblo el que imprimía el movimiento. El condestable de Montmorency mandaba las armas de la capital y de toda la provincia. Una noche que mandó tocar alarma para examinar el estado de vigilancia de la guardia cívica ó urbana, se halló que sin pérdida de instante acudieron todos á su puesto. De cincuenta mil hombres armados se podía disponer en sola una hora al mas pequeño aviso. En pequeños y grandes, en todos era igual el entusiasmo.

Era el duque de Guisa el ídolo del pueblo de París, que le consideraba como el mas cumplido caballero, el mas valiente capitán, el campeón mas celoso de su culto. Era verdaderamente el jefe, el alma, el hombre de mas capacidad, de mas carácter y energía que contaba el partido católico. Al frente del Triunvirato, es decir, de la liga católica, dirigia verdaderamente el gran movimiento social del que los destinos de la Francia dependian. Con él se entendian los principales jefes del partido: con él se consultaban los grandes; á él se dirigian los embajadores de los príncipes católicos que promovian ó simpatizaban con su causa. Cuanto mas se

acercaba el momento de una crisis, tanto mas necesaria y preciosa se consideraba su persona. Aunque no manejaba ostensiblemente las riendas del Estado, se hallaba la reina regente como abrumada del peso de su influencia y de su crédito.

Entabló entonces la reina una correspondencia secreta con el príncipe de Condé, hermano del rey de Navarra y jefe del partido opuesto, manifestando sentimientos de benevolencia y amistad á su persona, y lo agradecida que le estaba por su lealtad hácia la del rey que siempre conservaba. Respondió Condé que el mejor modo de no comprometer la autoridad del rey, era que se pasase con él á su partido como el solo que estaba animado verdaderamente de leales sentimientos; mas este era tambien un extremo que á la reina repugnaba. No queria echarse en brazos de un partido, sino dominarlos á todos, lo que era imposible en aquellas circunstancias. Para salir de este apuro, y por consejo del mismo príncipe de Condé, se salió de París y se retiró á Melun, llevándose consigo á su hijo, pareciéndole con este paso, manifestar que no tomaba parte en las violencias de los partidos. El ejército de los Guisas acampaba en las inmediaciones de París, mientras el príncipe de Condé reunió sus fuerzas para entrar en la capital á mano armada.

Se resintió el pueblo de París de la partida de la reina y del monarca, y le envió una diputacion diciéndola que su verdadero asilo era el seno de la capital, y ponerse á la cabeza de los católicos ardientes. La reina para manifestar que no tenia miedo á ninguno de los dos partidos se marchó á Fontainebleau con objeto de aguardar allí las proposiciones que los dos le hiciesen. Condé le ofrecía tomar á Orleans, y que allí se establecería el centro del gobierno; mientras el rey de Navarra la instaba á que volviese á París, donde le serian restituidas las riendas del gobierno. Mientras vacilaba Catalina, se presentó este último príncipe de repente en Fontainebleau, y la obligó á seguirle á París en compañía de su hijo.

A los dos dias de viaje se apearon en el Louvre, y desde entonces se vió Catalina á merced de la faccion católica, dependiente en un todo de su impulso.

La guerra iba á encenderse, y los campos estaban completamente divididos. Se hallaban en el católico el rey de Navarra, los Guisas, el condestable de Montmorency, el mariscal de San Andres. En el hugonote figuraban el principe de Condé, el almirante Coligny, su hermano Andelet y el señor de la Rochefoucauld. Era el duque de Guisa el director, el alma del primero: la misma importancia ejercia el almirante en el segundo.

No se durmieron los calvinistas: mientras tan hostiles se les mostraban los contrarios. Al tener noticia del triunvirato y liga católica, la denunciaron al público, y formaron una confederacion hugonota en contraposicion á la primera. Se establecieron sus bases en un manifiesto que dieron al público, pues en ninguna época los partidos que agitar pueden un pais, hicieron mas uso de la imprenta. Manifestaron los hugonotes que se ligaban y armaban para libertar al rey y á la reina que estaban en el poder y servian de instrumentos de venganza á sus implacables enemigos, que no permitirian en su campo ni crímenes, ni vicios, ni impiedades de ninguna especie; que nombraban por su general al principe de Condé como el primero de la sangre real despues de Antonio de Navarra que estaba á la cabeza de sus enemigos; que no dejarian las armas de la mano hasta poner en libertad al rey y á la reina, y asegurar para siempre la libertad de conciencia para los de la reforma.

Se acompañó este manifiesto de un sin número de firmas y se esparció profusamente en todas direcciones. Condé le remitió á la nobleza, á los principes luteranos del imperio, á la reina Isabel de Inglaterra, á todas las personas de fuera del reino que podian tener simpatias por su causa. El almirante Coligny que estaba en correspondencia con 2150 iglesias protestantes les dirigió tambien el manifiesto. Calvino, Teodoro Beza y los de-

mas apóstoles calvinistas exortaban á los ministros; los ministros al pueblo. En todos se difundia el entusiasmo y el fuego de la guerra que tomaba el color de religiosa.

A estas manifestaciones acompañaban profesiones de fé en que se ostentaban principios del mas puro cristianismo. Se veneraba el evangelio, se adoptaban todos los dogmas que se tenian como de fé en los primitivos tiempos de la iglesia. Se respetaban y acataban los pastores y ministros que distribuian á los fieles el pan de vida y el de la palabra; rechazaban como una profanacion la autoridad del papa; admitian la Cena del Señor en un sentido verdadero; se manifestaban amigos de la paz, enemigos de la efusion de sangre y toda clase de desórdenes. Tenian un grande interés los calvinistas de Francia de purgarse de la acusacion que les hacian los luteranos de Alemania de tener puntos de contacto con los anabaptistas.

Todo estaba en movimiento. La reina Isabel de Inglaterra no podia mostrarse fria espectadora de la lucha. Diferia en mucho la organizacion de la iglesia anglicana á cuyo frente se habia puesto, de la Calvinista; mas los Guisas, los principales católicos que los favorecian eran sus implacables enemigos. En el principe de condé no podian menos de ver un aliado natural, y bajo este concepto, ajustó con él un tratado prometiéndole dinero y gente que le mandó en efecto.

Por la misma razon se dirigió el triunvirato al rey de España, tan interesado en el triunfo de su causa, pidiéndole socorro y que enviase á su frente al duque de Alba, debiendo de entrar por la parte de Bayona. Tambien se le pedia que hiciese saber á la reina de Inglaterra que cuantos diese á los calvinistas de Francia, se conservarían como actos de hostilidad á su persona.

Se dirigia Condé con especialidad á los nobles del mediodia sobre todos á los de Bearn, donde el calvinismo habia echado mas raices desde los principios. Es

un hecho que era mayor el número de los nobles de su parcialidad que de la contraria, sea por esta misma causa, por el odio que inspirase el triunvirato, ó por los odios antiguos que se conservaban hácia la córte que los habia despojado de tantos privilegios. Tambien es un hecho que los hugonotes comenzaron á bullir antes que se moviesen los católicos. Los principales jefes tomaban el título de *jefe del ejército*, *alzado en el reino en favor del rey y de la religion y bajo la autoridad del príncipe de Condé, protector y defensor de la corona y casa de Francia*.

Impuso mucho al Triunvirato el aspecto hostil y medidas de defensa y ataque adoptadas por los hugonotes. Antonio de Navarra volvió á dar síntomas de su carácter vacilante. Entró en algun cuidado el mismo duque de Guisa, tan resuelto campeón de su partido, é indujo á la reina á que renovase el edicto de tolerancia del culto calvinista, con excepcion de Paris y sus alrededores. Mas el príncipe de Condé manifestó que no podia hacer caso ni dar crédito á ningun decreto emanado del rey, mientras no estuviese libre su persona.

El aspecto de las hostilidades que se iban á romper arredraban sin duda á las personas moderadas de los dos partidos. La reina negociaba y ponía en juego los intereses y sentimientos de familia. Antonio de Navarra era hermano del príncipe de Condé: el conde Table de Montmorency era tío del almirante. Hubo pues de parte á parte mensajes, negociaciones; se celebraron hasta entrevistas; mas todo fué inútil, y esto por dos causas: primera, que estaban todos de muy mala fé y eran objeto de sospechas mútuas: segunda que la parte exaltada, que constituía la masa de los dos partidos, no querían convenir; unos porque veían en la guerra un cebo de ambicion y de codicia; otros por mero espíritu de fanatismo é intolerancia religiosa. Una gran porcion de extranjeros, sobre todo suizos y alemanes aventureros, soldados de fortuna, habian acudido sin distincion á las filas de

uno y otro bando, y eran de los que mas repugnaban la idea de haber hecho un viaje tan inútilmente.

En Paris, es decir, la masa popular no queria composicion de clase, y se tomaban cuantas precauciones militares eran necesarias. Se aumentaba la guardia cívica. Se preparaban cadenas para tender por las calles en caso de aproximacion del enemigo. El parlamento apoyaba y fomentaba estos arrebatos de entusiasmo. Llegó el momento de dar por inútil la via de negociacion, y se encendió la guerra: declaró el parlamento de Paris rebeldes y traidores al rey, á los calvinistas que con las armas en la mano desconocian su autoridad manifestada por el órgano de su madre la reina regente. Respondieron los hugonotes á esta declaracion con otra, tratándoles de que tenían encadenada la voluntad del rey y de la reina. Porque en esta grande época de discusion y controversia todo eran manifiestos y contra sensaciones mútuas de injusticias, opresiones y crueldades que ademas de consignarse á la imprenta, tambien se esponian en pinturas y manifiestos grabados.

Cuando estalló la guerra se hallaban preponderantes los hugonotes en varias provincias sobre todo las del mediodia. Tenían á su devocion las ciudades de Blois, Augers, Saunon, Maus, Poitiers, Bourges, Meaux, Run, Lion, Macon, Chelon, Orleans, el Havre de Gracia, Valencia y Montalban.

Tomó aquella guerra el carácter de encarnizamiento y de ferocidad que se encuentran en las religiosas; y en las luchas de aquel se renovaron con frecuencia. No conocieron freno alguno los hugonotes en el pillaje de las iglesias católicas, en la destruccion de las imágenes y cuanto no podia ser objeto de codicia. Hasta los sepulcros mismos fueron profanados. No les iban en zaga los católicos en castigos, en suplicios que imponían á cuantos hugonotes en las manos les caían. Nunca es mas feroz el hombre como cuando cubre las crueldades con un veloreligioso, y se dice vengador de la deidad que está ofendida.

Montluc y el baron de Ardrets; el primero del partido católico, y de los hugonotes el segundo, se distinguieron á un tiempo por sus atrocidades, hasta el punto de considerarse sus personas como representantes de las pasiones de su bando respectivo. Y de estas atrocidades se gloriaban, presentándolas como hazañas de su celo religioso. Se presentaba el primero acompañado siempre de dos verdugos que llamaba sus lacayos, daban los suyos al segundo el nombre de *Toro* porque con sus hastas embestia y despedazaba cuanto se le ponía por delante. Además de los aventureros extranjeros de que hemos hablado, entraban tropas armadas en favor de uno y otro bando. Se movieron por la frontera de Italia seis mil hombres entre italianos y españoles que enviaba el duque de Milan por disposición del rey de España. Había declarado el nuevo papa Pio V religiosa aquella guerra, considerando á los hugonotes bajo el mismo aspecto que los antiguos albigeneses.

La reina regente se manifestaba entonces muy adicta al partido católico; sea de corazón, sea impulsada por la necesidad, ó por la idea política que mas le dominaba en aquellas circunstancias. El duque de Guisa con la declaración de la guerra se hallaba como en su elemento. Como el alma, como la cabeza y hasta el brazo derecho de su parcialidad, se le consideraba y respetaba.

Su primera operacion fué sobre Normandía, con objeto de oponerse de mas cerca al desembarco de las tropas que enviaba la reina Isabel de Inglaterra. Empezó con las suyas el sitio de Ruan donde entró con alguna resistencia, haciéndose gran matanza en sus defensores y vecinos, y en cuantos eran acusados de hugonotes. La misma reina regente asistió al sitio y á la toma de la plaza. Murió delante de sus muros de un balazo de arcabuz, Antonio de Borbon, rey de Navarra, personaje de poco mérito y que no fué sentido de ninguno de los dos partidos. Dejó este príncipe por sucesor á su hijo Enrique, príncipe de Bearne, que tomó el título de

rey de Navarra y fué con el tiempo el famoso Enrique IV, primer monarca de la casa de Borbon que reinó en Francia.

Los protestantes perdieron en seguida á Blois, y el príncipe de Condé creyó poder reparar esta pérdida acercándose con su ejército á París, mas sin efecto. Tomar la plaza á fuerza de armas era un imposible; intimidarla, una quimera. Estaban los parisienses demasiado entusiasmados á favor de su partido para que les impusiese la presencia del jefe de los hugonotes. Al contrario, se rieron de lo que llamaban su fanfarronada, y le manifestaron que le miraban con desprecio.

Cada uno de los dos partidos recibió refuerzos extranjeros de hombres y dinero. En vano los hombres moderados de los dos tentaron nuevas vías de negociación: los violentos y exaltados que eran los mas, arrastraban á los menos. Prevalciendo en muchos el sentimiento y aun el horror de una discordia que impelia al hermano á derramar la sangre de su hermano; se derramaba esto por aquel instinto fatal que arrastra al hombre muchas veces fuera de la línea que le trazan la razón y la conciencia. En las llanuras de Dreux se dió entre los dos partidos una batalla sangrienta y encarnizada que duró ocho horas, mostrándose por entrambas el mayor denuedo. Quedaron en ella prisioneros el condestable de Montmorency, el duque de Nevers, y el mariscal de San Andres de los católicos, y el príncipe de Condé de los contrarios. En la opinion comun quedó la victoria á favor de los católicos; mas el hecho es que fué celebrada al mismo tiempo que en París, en Orleans, que se consideraba como la corte de los hugonotes.

Cualquiera que hubiese sido el partido vencedor, no fué la de Dreux una batalla decisiva. En lugar de preparar la paz, fué un motivo de encender mas la guerra. El duque de Guisa que era del partido extremo, viéndose sin la concurrencia del rey de Navarra y del Condestable, se hizo omnipotente y dominó como quiso los con-